

FERNANDO CARREÑO
PRÓLOGO DE ALEJANDRO BLANCO
[PRESIDENTE DEL COMITÉ OLÍMPICO ESPAÑOL]

HÉROES OLÍMPICOS ESPAÑOLES

**UNA A UNA, LAS 133 MEDALLAS GANADAS
POR ESPAÑA EN LOS JUEGOS OLÍMPICOS**

[1896-2012]

POEBOOKS

PROLOGO
14

INTRODUCCION
16

PELOTA VASCA
24

PLATA
26

PLATA
28

HIPICA
32

VELA
34

HIPICA
36

TIRO OLIMPICO
38

HOCKEY
40

ÍNDICE

ESQUI
42

BOXEO
46

VELA
48

PIRAGÜISMO
50

NATACION
54

HOCKEY
58

VELA
62

ATLETISMO
66

REMO
70

VELA
72

PIRAGÜISMO
74

BALONCESTO
76

ATLETISMO
80

NATACION
82

TIRO OLIMPICO
84

VELA
86

TENIS
88

ESQUI
90

CICLISMO
92

ATLETISMO
94



JUDO
96

JUDO
98

VELA
100

VELA
102

VELA
104

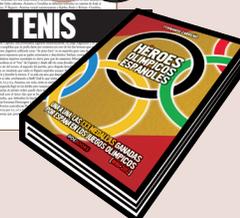
VELA
106

VELA
108

TIRO CON ARCO
110

ATLETISMO
112

TENIS



ATLETISMO
116

ESTUVO DONDE DEBÍA ESTAR

HOCKEY
118

LAS "CHICAS DE ORO"

TENIS
120

LA MEDALLA DEL PATITO FED

GIMNASIA RÍTMICA
122

UNA SUPERPOTENCIA DE 1,57 m

ATLETISMO
124

FERROCARRILERO

FÚTBOL
126

EL EQUIPO QUE SI PUUDO

BOXEO
130

UN COMATE QUE AÚN SIGUE

WATERPOLO
132

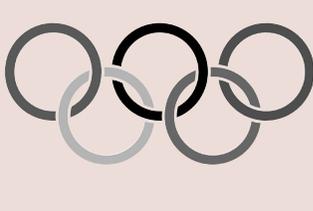
LLANTO POR UNA PLATA

JUDO
134

AL OTRO LADO DE LA CÁMARA

JUDO
136

EL PRIMER EXÁMEN



JUDO
138

ENTRE LEYENDAS

WATERPOLO
140

UN PARTIDO QUE DURÓ CUATRO AÑOS

VELA
142

LA LUCHA CONTRA LOS ELEMENTOS

VELA
144

LA LUCHA CONTRA LOS ELEMENTOS

ATLETISMO
146

UN DEBUT DE PESADILLA

TENIS
148

ADAPTAR LAS PISTAS Y LA CORTESÍA MARIBEL

HOCKEY
150

PLATA DE TERCERA GENERACIÓN

GIMNASIA RÍTMICA
152

LAS OTRAS "CHICAS DE ORO"

BOXEO
154

DOS "BALAS" EN LA RECÁMARA

CICLISMO
156

PROTAGONISTA Y ANTAGONISTA

TENIS
160

EL MEJOR MOMENTO DE LA MALA SUERTE

ATLETISMO
162

POR UN SALTO INESPERADO

BALONMANO
164

EL TERCER DE CRISTAL SE HA ROTADO

NATACIÓN
166

UNA MEDALLA ADOPTIVA

JUDO
168

LA TRIPLE CORONA

CICLISMO
170

UN HAO DE LA PISTA

CICLISMO
172

LEVANTARSE Y SEGUIR

GIMNASIA
174

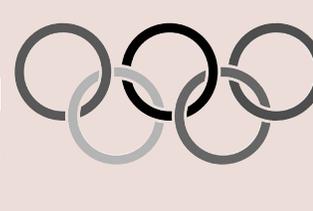
CAMBIO DE PLANES EN EL ÚLTIMO SEGUNDO

TAEKWONDO
176

MOLDO A LOS PIES, PERO FELIZ

TENIS
178

UN BRONCE... Y POCO



ATLETISMO
180

UNA SORPRESA QUE NO LO FUE

FÚTBOL
182

SE PASÓ DE CUARTOS

BALONMANO
184

GANAR UN PUESTO EN EL ESCALFÓN

TIRO OLÍMPICO
186

REINA POR UN DÍA

ATLETISMO
188

NIERES BUENAS PARA HACER JUSTICIA

ATLETISMO
190

EL GRAN TRIUNFO DE UN MAL AÑO

HÍPICA
192

EL EQUIPO QUE SUSURRABA A LOS CABALLOS

VELA
194

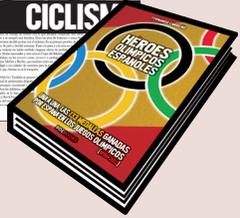
LA MEDALLA DE UN TIO GRANDE

VELA
196

PLATA GANADA EN DOS FRENTES

CICLISMO
198

SENIOR ESCOLAR, CAMARIS CASTELLÓ, AGOSTINELLI Y LOS CERRILLOS TORRENT



TENIS
202

LA TERCERA DE CONCITA
El tenis español en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

GIMNASIA
204

EL SECONDO ORO
Y LO QUE FALTO
El gimnasia en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

GIMNASIA
206

MEJORES VOTOS
MEDALISTA A LOS 16
El gimnasia en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

CICLISMO
208

SI SOLO HUBIERA
QUE LUCHAR EN LA PISTA
El ciclismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

CICLISMO
210

HUBO SUERTE POR UNA VEZ
El ciclismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

VOLEY PLAYA
212

ORO BANDO EN PLATA
El voleibol playa en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

VELA
214

ACORABAS SOBRE LAS OLAS
El vela en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

ATLETISMO
216

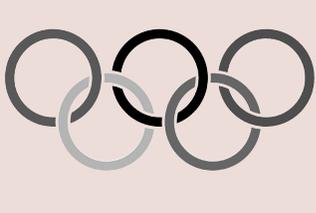
SUPERARSE A SÍ MISMO
El atletismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

PIRAGÜISMO
218

UN CHAVAL "DESCONOCIDO"
El piragüismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

CICLISMO
220

DOS CADAS, UNA MEDALLA
El ciclismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012



CICLISMO
222

AL QUE PERRA LE VENIA...
El ciclismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

ESGRIMA
224

UNA MEDALLA CENTENARIA
El esgrima en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

CICLISMO
226

EL ÚLTIMO ESPRINT DE JOAN
El ciclismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

PIRAGÜISMO
228

NO TANTA SORPRESA
El piragüismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

GIMNASIA
230

Y AL FIN EL SUELO
El gimnasia en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

VELA
232

PLATA PARA LAS DESCENDIENTES
El vela en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

TENIS
234

PLATA PARA LAS DESCENDIENTES
El tenis en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

CICLISMO
236

BRONCE A LA GUERRA
El ciclismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

NATACION SINCRONIZADA
238

UNA MEDALLA CON MEZO EQUIPO
El natación sincronizada en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

TENIS
240

UNA MEDALLA CON MEZO EQUIPO
El tenis en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

PIRAGÜISMO
244

DOS Y DOS SON CUATRO
El piragüismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

VELA
246

LOS ÚLTIMOS CAMPEONES
El vela en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

HOCKEY
248

UNA TRADICIÓN RENOVADA
El hockey en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

BALONMANO
250

REENCUENTRO CON EL ÉXITO
El balonmano en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

BALONCESTO
252

EL "DREAM TEAM" ERAN ELLOS
El baloncesto en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

NATACION
256

GENES DE POCAFE...
El natación en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

PIRAGÜISMO AGUAS BRAVAS
258

EL MEJOR CONTRA LOS MEJORES
El piragüismo aguas bravas en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

VELA
260

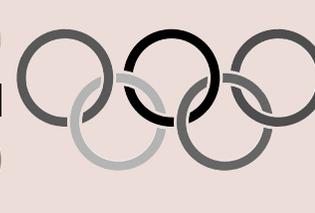
LOS PLANES PREVISTOS
El vela en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

TRIATLON
262

EL MEJOR CONTRA LOS MEJORES
El triatlón en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

NATACION SINCRONIZADA
264

UNA MEDALLA CON MEZO EQUIPO
El natación sincronizada en los Juegos Olímpicos de Londres 2012



PIRAGÜISMO
266

EL ÚLTIMO VELOMETRO
El piragüismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

TAEKWONDO
268

UN AJERECISTA A PATADAS
El taekwondo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

TAEKWONDO
270

LA FINAL NO FUE EN LA FINAL
El taekwondo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

LUCHA
272

UNA OLÍMPICA A LA ANTIGUA
El lucha en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

WATERPOLO
274

GANAR, GANAR Y GANAR...
El waterpolo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

TAEKWONDO
276

EL MEDALISTA TRIUNFO
El taekwondo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

VELA
278

TRES MEDALLAS DE ORO
El vela en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

PIRAGÜISMO
280

UNA MEDALLA CON MEZO EQUIPO
El piragüismo en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

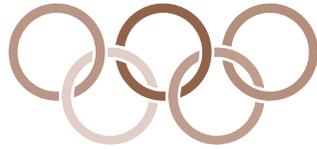
BALONMANO
282

LA GUERRA POR UN BRONCE
El balonmano en los Juegos Olímpicos de Londres 2012

BALONCESTO
284

MÁS CERCA DE LAS ESTRELLAS
El baloncesto en los Juegos Olímpicos de Londres 2012





Prólogo

«MARAVILLOSOS MOMENTOS QUE NO CAERÁN EN EL OLVIDO»

por **ALEJANDRO BLANCO**
 (Presidente del Comité Olímpico Español)

Nadie podrá discutir que para un deportista ganar una medalla olímpica es alcanzar el cénit a toda una carrera plena de esfuerzo y sacrificio. De hecho, toda su preparación está encaminada a alcanzar el máximo rendimiento durante los 16 días que el fuego olímpico permanece encendido en el pebetero.

De un tiempo a esta parte, incluso la clasificación para los Juegos requiere de unos magníficos resultados durante las diferentes competiciones de los años que componen el ciclo olímpico.

Desde los inolvidables Juegos Olímpicos de Barcelona 1992 los españoles nos hemos acostumbrado a que nuestro Equipo Olímpico vuelva de la cita cuatrienal con un sustancioso botín de medallas.

Todas y cada una de las medallas conseguidas tienen tras de sí una historia, unos entresijos que ayudan a conocer cómo se gestó la hazaña, y los periodistas son los encargados de transmitir y narrar lo sucedido y de desvelar esos entresijos para que todos los aficionados conozcamos lo que hay detrás de ese momento de gloria.

El autor de esta interesante obra es Fernando Carreño, destacado redactor de una de las mejores escuelas de periodismo deportivo de nuestro país, como es el diario *Marca*, del que forma parte de su plantilla desde hace muchos años.

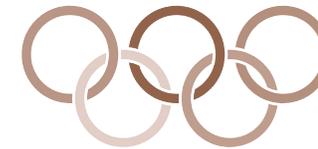
En este libro, Fernando se detiene en cada una de las medallas logradas por nuestros compatriotas en los Juegos Olímpicos para, de forma detallada y periodística, narrar cómo se ganaron y cómo se llegó a ellas.

Importante es la minuciosa labor de documentación que rodea el libro, así como el recuerdo de maravillosos momentos que, tras su lectura, transportan a los que tuvimos la suerte de presenciarlos a glorias pasadas.

El libro viene a coincidir con la edición de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro 2016. Así que el autor ya tiene trabajo para guardar en su memoria acontecimientos y situaciones inolvidables que, estoy seguro, volverá a recoger con su pluma fácil y resuelta. Solo resta darle las gracias por no permitir que tan maravillosos momentos puedan caer en el olvido.



Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, primer medallista "no oficial" del olimpismo español; ganó el "oro" en París 1900... en tiro de pichón



Introducción
EL LARGO VIAJE DE UN PAÍS Y DE SUS GENTES

Desde que en 1896 el empeño del barón **PIERRE DE COUBERTIN**, la voluntad de la **FAMILIA REAL GRIEGA** y el dinero del anciano magnate grecoegipcio **GEORGE AVEROFF** pusieron en marcha los Juegos Olímpicos de la Edad Moderna, hasta que en este 2016 más países que los que comprende la Organización de las Naciones Unidas vayan a competir en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro, luchando contra incertidumbres organizativas, temores a la delincuencia y miedo a los mosquitos, han pasado 120 años. Doce décadas de desaforado progreso tecnológico, que encontraron al ser humano moviéndose a lomos de caballería y alumbrándose con velas –salvo algunos potentados que ya disponían de rudimentarias bombillas– y lo dejan asomándose fuera del sistema solar. Que para qué ha servido todo eso es otro cantar. Nunca se estuvo más cerca del viejo sueño de la intelectualidad de que las ideas circularan con amplitud y libertad, pero eso no ha evitado que hayan sido también 120 años de guerras mundiales y guerritas más pequeñas pero funcionales en cuanto a lo de matar gente, de campos de exterminio y de maltrato al planeta. Si el balance, a fecha de hoy, es positivo o negativo, dígalos cada cual. Una evidencia es que en ese contexto los Juegos Olímpicos se han asentado y crecido, cambiando mucho en cuanto a su forma y concepto, pero manteniendo el fondo fundamental de ser un espacio de encuentro pacífico entre gentes y culturas.



España y sobre todo los españoles tal vez hayan sido dos de los entes que más intensamente hayan vivido ese periodo de tránsito del siglo XIX al XXI: en el XIX, en España aún mantenía la *Santa Inquisición*. A finales del XX y principios del XXI libertad total de expresión sin censura –declarada, al menos–, sin que eso signifique que no haya gentes añorantes del Santo Oficio. De camino, guerras coloniales, revueltas sociales, hambre, dictaduras, repúblicas, guerras, más hambres, desarrollo, transiciones, democracia, televisión, fútbol, automatización, el viejo sueño de comer cada día cumplido al fin, emancipación femenina, paro, crisis y, al menos, derecho a discrepar –al pataleo, dicen algunos inconformistas– sin que te rompan la crisma y sin que eso signifique, de nuevo, que esté todo el mundo de acuerdo con ello.



Y de camino, una trabajosa relación con el mundo exterior. Ese siglo XIX de los albores olímpicos comenzó con un Imperio español en su máximo apogeo: desde Oregón hasta la Tierra de Fuego. Desde Florida hasta Baja California. Las Filipinas, las Marianas, Guam y Guadalcanal. Acabó con una España de casas apeñuscadas, analfabetismo, hambre y emigración a las viejas colonias desde una antigua metrópoli dirigida por políticos, en su mayoría, de cortos alcances cuando no bajunos y mastuerzos. El *cerrado y sacristía* del que habló **MACHADO** y cantó **SERRAT**. Dos años después de la primera cita olímpica, España vio cómo los pocos centenares de soldados y los viejos y los maltrechos barcos que quedaban caían heroicamente o se rendían con honor en los últimos vestigios del Imperio ante los acorazados y ametralladoras de unos Estados Unidos que en Atenas 1896 se habían hartado de ganar medallas anunciando en la supremacía olímpica la supremacía política, militar y económica que mantendrían desde entonces y hasta a saber cuándo.

Aquellos soldados combatieron, como suele decirse, con un valor y un denuedo dignos de mejor causa de tal forma que en ellos se cumplió una vez más la eterna sentencia del **MÍO CID**, «Dios, qué buen vasallo, si oviese buen señor», y fueron aquellos a quienes en aquel momento tocó cumplir otra sentencia eterna en nuestra historia: a España la salvan, y la pierden, los propios españoles.

Ninguno estuvo en Atenas 1896. Quién sabe si alguno hubiera entre el público, pero en las pistas, ninguno. En 1900, como la cosa era en París, caía más cerca y las gentes del deporte e ilustradas, que las había, estaban enterados del evento de Atenas, algunos más animosos que los demás decidieron participar abriendo, sin saberlo, la historia olímpica española. Allí tuvo lugar la “medalla cero”, la que durante muchos años estuvo encabezando la historia olímpica española y que, en honor a la verdad, es triste que ya no figure en los anales. La ganó **PEDRO PIDAL**, marqués de Villaviciosa, que por entonces contaba 30 años.

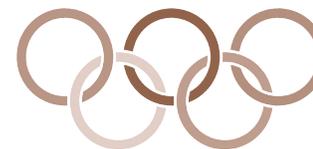
La ganó en tiro de pichón, deporte durante mucho tiempo de moda en la aristocracia y clases pudientes. No fue olímpica, sino ganada en una de las múltiples competiciones paralelas que diluyeron los Juegos, pero don Pedro representa muy bien el tipo de persona que en España comenzaba entonces a interesarse por los deportes: era un regeneracionista, una persona de clase social elevada, consciente de los males del país y convencido de la

José Formica-Corsi, Ricardo Margarit, Antonio Vela, Joan Camps y Orestes Quintana formaron el equipo español de cuatro con timonel que participaron en París 1900; al ser segundos en su serie no pasaron a la final



necesidad de su reforma. Pionero del ecologismo, fue activista en favor de la instrucción pública y en ella sus principales apóstoles propugnaban la educación física como medio de mejorar una raza en la que para ingresar en el ejército bastaba una talla de 1,50 y en la que el ejercicio físico estaba mal visto. Menudeaban, incluso, artículos en muy patrióticas publicaciones en los que se tachaba de herejía el gusto por los *sports* extranjeros aduciendo que en España también los había: los toros (sic), la esgrima, la pelota, la hípica, y como entretenimiento podía añadirse al teatro. Por añadidura, en aquella España la envidia y el rencor campaban por sus respetos: envidia hacia quien destacaba, rencor hacia quien triunfaba. El buscarle el lado malo a todo.

El bueno de don Pedro escribió una vez de religión y casi le condenan por hereje. A muchos de aquellos deportistas de la primera hora, también. Recordaban los viejos jugadores del Real Madrid, y como ellos otros, que la afición de los gamberros era quitarles el balón y salir corriendo, o que la autoridad solía llevarles a comisaría por alborotar con saltos y carreras en paños menores. Como ahora en los países del fundamentalismo islámico.



De “obra de romanos” se calificaba en España durante mucho tiempo las tareas grandes, trabajosas y de resultados brillantes, y romanas de ese modo fueron las gentes del deporte. España no volvió a los Juegos hasta 1920,



cuando estas actividades no solo no estaban ya mal vistas, sino que incluso habían cobrado carta de naturaleza. En 1912 se pidió una modesta subvención para competir en los Juegos de Estocolmo y se contestó que no era cosa de pagar vacaciones a nadie. Ya con el deporte aceptado socialmente, el resto de dificultades fueron las “normales”: durante muchísimos años los esfuerzos superaron en mucho a los resultados.

En 1924 no hubo medallas. En 1928 se ganó una. A los Juegos del 32 apenas se concurre por falta de dinero. En 1936 una guerra civil disolvió y enfrentó al equipo previsto. En 1948 nuestros atletas se felicitaban de que en los Juegos de Londres se diera de comer, aunque fuera poco –los demás se quejaban–. A 1952 fueron pocos y a 1956, ninguno. Se dijo que por boicot antisoviético, pero se hablaba también de lo caro que era ir a Australia. Por fin, a Roma 1960 fue un equipo equiparable en número a los demás de nuestro entorno. Se iba, eso sí, a ganar experiencia. A aprender. Y algunos a comer por fin a gusto, que en la Villa Olímpica había abundancia a diferencia de la España de aún entonces. Se pasaron algunos de peso, recordaba **MIGUEL DE LA QUADRA SALCEDO** pero... ¿quién podría culparles?

Luego llegó una suerte de normalidad. De normalidad de la simple existencia, puesto que ganar no se podía. Soviéticos (rusos), americanos, franceses, ingleses, italianos, checos, alemanes del Este y del Oeste parecían seres de otro planeta cuando se trataba de competir en estadios. Eran los años en que los españoles y las españolas que comenzaban a sacar la cabeza de nuestras fronteras, a veces con benévolas miradas de condescendencia («si los hombres no hacen nada, a ver qué van a hacer estas pobres») iban a los Juegos y en ellos figuraban en las eliminatorias y en los puestos más bajos de las listas.



Eran los años en los que nos reíamos mucho cuando algún gracioso decía aquello de «triunfo de nuestros nadadores: no se ahogó ninguno», y se ganaban medallas un poco a voleo. Esta, ahora, aquí. A los 12 años, otra en otra cosa totalmente distinta. Y era lógico: no es que los otros fueran más altos, ni más rápidos, ni mejores. Bueno, sí lo eran, pero no por ciencia infusa: en sus países estas personas tenían medios, había estructuras, se sabía qué se quería y se ponían los medios para alcanzarlo. En España, ya se sabe, se vivían los tiempos de los pioneros, palabra que oculta a gente que luchaba contra todo. Contra unos rivales que comenzaban su carrera desde varios escalones por encima. Contra unas estructuras nacionales que en el mejor de los casos eran inexistentes, y por tanto neutras, y en el peor se dedicaban a ponerles palos en las ruedas. Eran los tiempos en que **MANOLO SANTANA** tenía que entrar en un club de tenis como recoge pelotas y fabricarse una raqueta con una silla vieja. Cuando **MIGUEL TORRES** tenía que nadar en una alberca de riego por falta de piscinas olímpicas. Cuando **MARGOT MOLES** veía su carrera truncada por la guerra. Cuando **LILÍ ÁLVAREZ** dejaba de aportar su saber deportivo molesta con el machismo franquista y se decía oficialmente que el atletismo “masculinizaba”. Cuando **PEPE ARIAS** se fabricaba sus propios esquís hirviendo la madera en trementina...

A muchos se les escapó la medalla. A **CARMEN VALERO**, bicampeona mundial de campo a través. A **TORRES**. A los jugadores de baloncesto que jugaban en frontones en los que el ba-

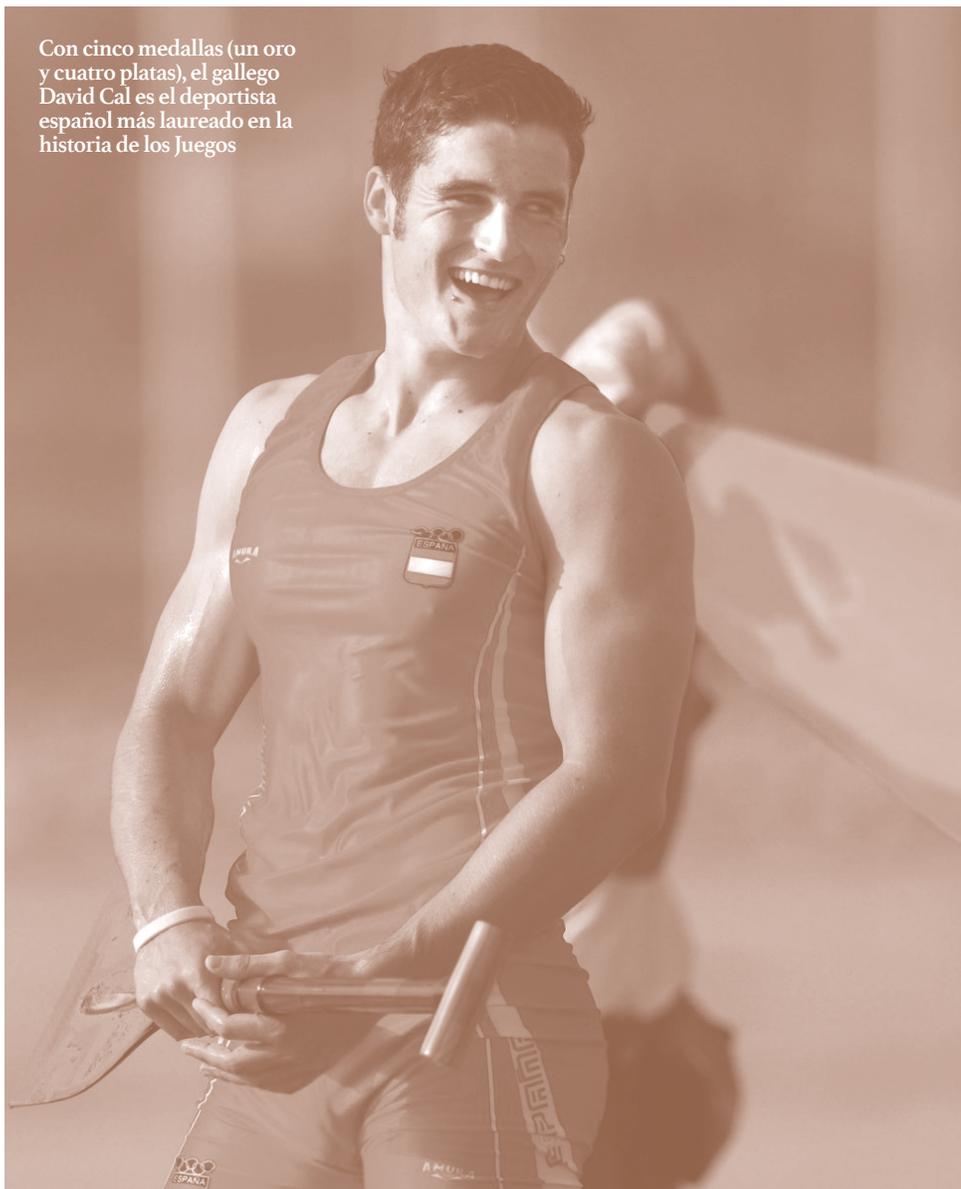


El mítico Miguel de la Quadra Salcedo era la gran estrella del equipo español que acudió a Roma 1960; había sido recordman mundial de lanzamiento de jabalina, pero la Federación Internacional de Atletismo le quitó el récord porque no aceptó su revolucionaria técnica de lanzamiento

lón bota de forma diferente según el lado del campo. Importar, importaba poco. El deporte como tal, y menos el olímpico, no tenía demasiado valor en aquel país. Para el poder público, su único valor era el de servir como entretenimiento interno, y para ello bastaban el fútbol, el boxeo y el ciclismo profesional. Los otros deportes se quedaron a su suerte, a la suerte de unas actividades poco practicadas en un país pobretón. Y cuando alguien sacaba la cabeza, eso sí: propaganda, como si se vendiera el



Con cinco medallas (un oro y cuatro platas), el gallego David Cal es el deportista español más laureado en la historia de los Juegos



subliminal mensaje a la población de que aunque se sea pobre y español, también se puede sorprender al mundo. Y en esa eterna relación de la España clásica con el mundo exterior, a medias siempre entre el complejo de inferioridad y de superioridad, se proclamaba que «si España tuviera medios, estaría a la cabeza del mundo» sin que nadie reparara demasiado en que quien eso proclamaba era quien debía dar, o al menos favorecer, los medios.

En aquellos tiempos de los pioneros no se pensaba siquiera, como hemos dicho, que quizá con medios y unas estructuras diferentes los españolitos y españolitas pudieran competir de forma más equilibrada con los nuevos dioses olímpicos. Pasado el tiempo, porque al fin y al cabo las cosas cambian y evolucionan, se abrió camino la idea de que quizá España pudiera contarse entre las naciones que contaban en los Juegos Olímpicos

porque, al fin y al cabo, era una cosa que daba prestigio internacional. Y después de una cantidad de años en los que España era diferente era hora de volver a figurar en, como se decía antes, el concierto de las naciones.



Y llegó el 92. Antes había pasado el 80, en el que el deporte se sublevó contra un estado que le negó el derecho a la bandera al competir en los Juegos de Moscú contra su voluntad –a la diplomacia pro-OTAN le interesaba sumarse al boicot antisoviético–. Para el 92 no había más cáscaras: no se podía pasar desapercibido. No se podía esperar que nadie reparase en que los anfitriones no estaban por ninguna parte, cuando precisamente se habían pedido los Juegos para dejarse ver. No se podía tampoco confiar en que desde la propia España se pasase con indiferencia por otra sequía olímpica, a la espera de que empezase la Liga. Y quien tenía que hacerlo se aplicó a dotar de medios, públicos y privados, a quien luego debía batirse en las pistas con el nombre de España en la camiseta.

Y entonces, ¡oh sorpresa! se descubrió que realmente los españoles, los clásicos españolitos, no eran tan distintos a aquellos que año tras año subían al podio mientras los nuestros les veían en la distancia, por televisión, o se enteraban por la Prensa. Y que peleaban de igual a igual. Y que ¡hasta las chicas! se encaramaban al nivel de rusas, estadounidenses o alemanas. Y que el mundo del deporte no se resumía en el fútbol. Que hasta en el balompié había ilusión por un podio olímpico que no daba dinero, sino que costaba. Y sí: llovieron medallas –tampoco por centenares, que al fin y al cabo la realidad es la que es– pero sí se ganó autoestima y se vendió *Marca España* y todo, una vez más, a cuenta del esfuerzo de los españoles y de las españolas. Hubo también sus contrapartidas: las gentes del deporte que rozaban la medalla tuvieron que leer y escuchar el maldito “solo” de la Prensa: “solo” cuartos, “solo” quintos... Claro que peor era antes, cuando aquellas burlas por acabar en el puesto 57 sin reparar en que ya estar allí había supuesto una gesta.

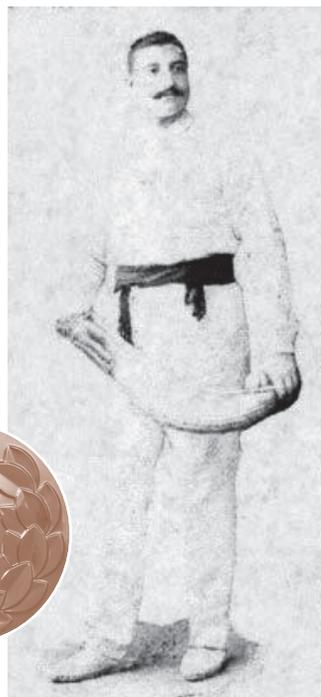


En fin. En algunos aspectos, la España de las primeras participaciones olímpicas y la de las últimas parecen dos países pertenecientes a dos planetas diferentes. En otros se ven subyacer los “valores eternos” de los que hablaba alguno. Dijo don **MIGUEL DE UNAMUNO** –que fue, por cierto, también un estudioso del deporte– que la historia estaba rodeada por la intrahistoria, que es la historia de la gente que no tiene historia. Así, tras cada medalla que figura en el medallero, y por supuesto tras cada una que pudieron también llegar a él pero se quedaron en puertas, hay una o varias historias. Alegres, tristes, emotivas, dramáticas, chuscas pero, por encima de todo, humanas. Historias de España y de españoles. Es de ellas y de ellos de quienes vamos a hablar ahora y a quienes ganaron y a quienes merecieron llegar al podio, pero no pudieron alcanzarlo, está dedicado este libro.





Bajo estas líneas, José de Amézola, y a la derecha Francisco Villota, primeros medallistas olímpicos españoles... aunque nunca llegaron a ser conscientes de ello



JOSÉ DE AMÉZOLA y FRANCISCO VILLOTA GANARON... SIN JUGAR París 1900 | Pelota Vasca (Cesta Punta) | Oro

La España que cerró el siglo XIX era la del desastre. En el último año del siglo, dos hacía que se habían perdido las últimas colonias y las masas de población que a la salida de los toros pedían por las calles asaltar Nueva York se habían desayunado –muchos, a falta de cosas de comer– con los relatos de heroísmo en Cuba y Filipinas con los que el viejo león hispano trataba de compensar que los Estados Unidos le habían barrido en la guerra por conservar sus últimas colonias. El Caney, las Lomas de San Juan, Santiago... En todas partes había sido igual: mientras duraron los hombres y las balas, los yanquis habían estado a raya. Acabados unos y otras, España había vuelto a su realidad de país atrasado, pueblo miserable y casas apeñuscadas, en la que la electricidad había empezado llegando a Haro y Jerez: donde se producía el vino que era, casi, lo único que se exportaba.

Pero España no estaba totalmente sin pulso, como había escrito Silvela. Había un núcleo de personas decididas a que España se incorporase al mundo moderno, salvando su tradición o bien superándola. Gente que escribía, y gente que hacía. En 1900 en París había una Exposición Universal donde se iba a exhibir el ingente caudal de inventos que habían hecho que el siglo XIX cogiera al ser humano a lomos de caballería y lo dejara a punto de subirse al avión. En esa Exposición iba a tener importancia esa nueva actividad de los deportes en la que, entre otras cosas, pueblos y razas podían mostrar su superioridad sin necesidad de acorazados, ametralladoras o gases asfixiantes. Se trataba de destreza atlética, velocidad, fuerza...

Y pese a que no faltaron voces airadas que señalaban que España no necesitaba copiar deportes ingleses cuando aquí los había autóctonos (los toros, la pelota vasca, la esgrima o la hípica), allí acudieron los animosos hispanos que se enteraron del suceso a mostrar que la Raza todavía contaba con algún vigor: entre otros, un duque esgrimista; un aristócrata andaluz nacido en Guatemala que compitió en la modalidad de tiro de carruajes –él a las riendas–, una tripulación de remeros catalana y dos *sportmen*, uno madrileño y otro vasco pero radicado en la alta sociedad capitalina, que iban a defender el honor patrio en la hispánica Cesta Punta.

José de Amézola e Ispizúa, alavés, y Francisco Villota Baquiola, madrileño, eran deportistas a la manera antigua: practicaban todos los deportes posibles como miembros de la clase alta que eran, es decir, con dinero y tiempo libre suficientes para experimentar modalidades. Y patriotas también, acudieron por su cuenta y riesgo a París, al calor del título de Campeón del mundo Amateur con el que se había convocado el concurso de Cesta Punta pues ellos, en Madrid y las Vascongadas, eran conocidos como distinguidos pelotaris aficionados con los que se podía contar para cualquier exhibición benéfica que se precisase, lo que no era cualquier cosa: no menos de una decena de frontones funcionaban en la Corte. Antes del *football*, la pelota era lo más después de los toros.

Pero fue en la Ciudad de la Luz donde les alcanzó ese surrealismo que es la seña de España según Unamuno y Luis Carandell. En París casi nadie sabía que se estaban celebrando unos Juegos Olímpicos salvo el pobre barón de Coubertin, creador del evento, que lloraba en silencio por el desprecio que se le hacía al prohibirle usar el nombre de su gran creación. Como mucho, se le permitía organizar pruebas y sumarlas a su palmarés. Otro problema es que no estaba claro qué pruebas eran esas, pues todo el mundo podía organizar competencias al buen tuntún. Como mucho, se sabía que esos Juegos Olímpicos eran para distinguidos *sportmen*, es decir, para clases altas como Villota y Amézola.

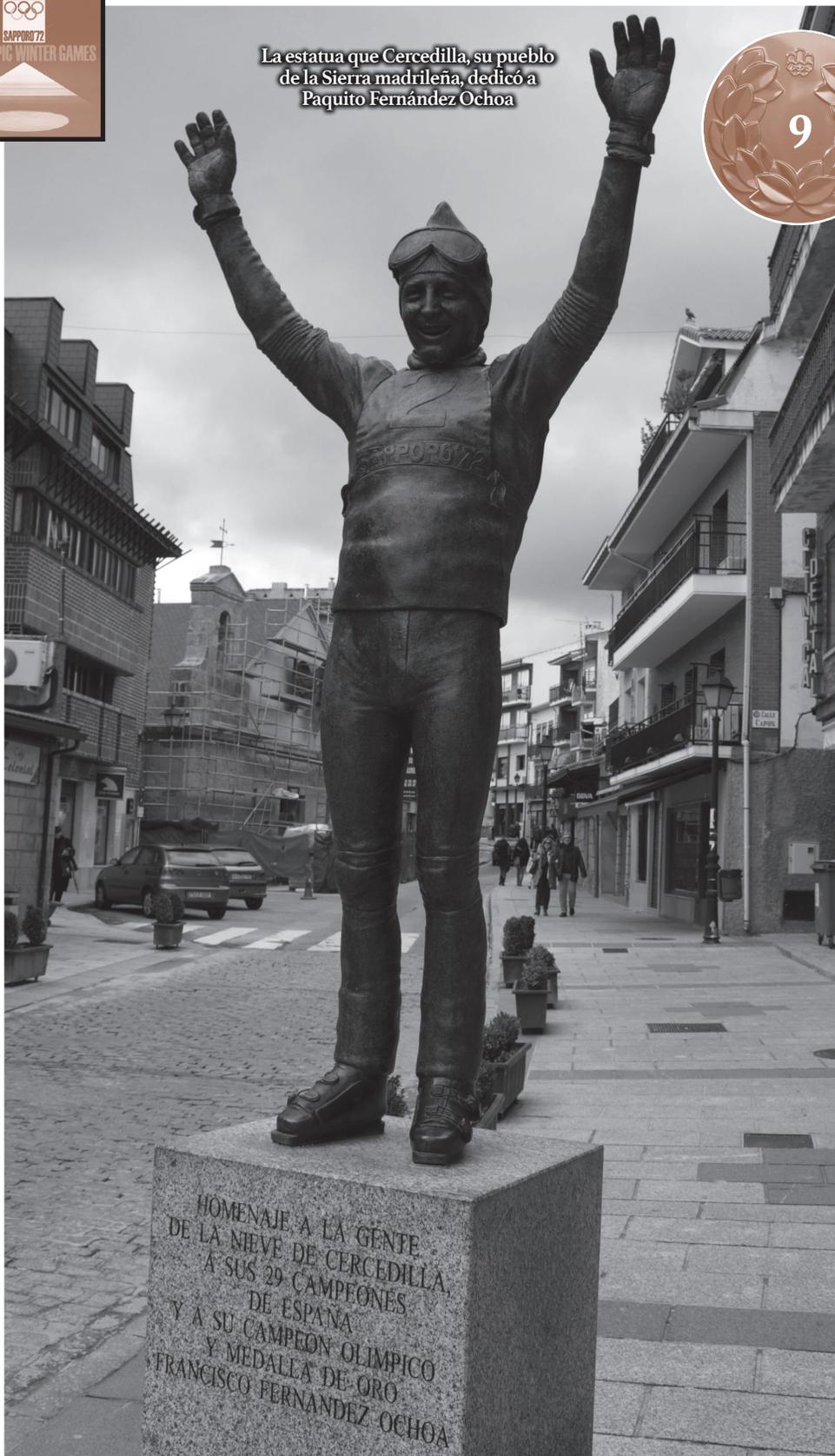
GALLARDÍA ESPAÑOLA. Y allí, con sus cestas, se plantaron. Y ganaron pero... ¿cómo ganaron? Dando muestra de gallardía española: en aquellos tiempos en los que la interpretación de las reglas era tan importante como la competición, para que el honor de haber luchado con justicia quedase a salvo hubo una controversia entre ellos y los franceses Durquetty y Etchegaray –las otras dos personas que se habían enterado de que se celebraba el campeonato–... y estos no aceptaron las normas de competición. Así que allí, al frontón, acudieron Villota y Amézola con sus chisteras, se constató la defeción de los galos, se les proclamó campeones del mundo amateur, y a España se volvieron con el orgullo de haber dejado alto el pabellón.

Pero de Juegos Olímpicos nada supieron. Amézola falleció en 1922. Villota le sobrevivió hasta 1950. Y no fue hasta que ya llegado el siguiente siglo, en una España que había celebrado el centenario de aquel desastre que Amézola y Villota con sus cestas quisieron ayudar a superar, que se cayó en la cuenta de que ellos habían participado en unos Juegos Olímpicos, que ese partido que nunca se jugó había sido el primer triunfo hispano en lo que ya era la mayor cita universal, más allá incluso del deporte, y que con Villota y Amézola empezó todo. Si entonces se hubiera sabido, les habría recibido la Reina Regente y probablemente en Madrid y Bilbao sendas avenidas, *stadiums* y frontones perpetuarían su memoria. No se supo, y así a Villota y Amézola les cabe, quizá, ser depositarios del verdadero heroísmo español: el del héroe trágico y desconocido, como los de El Caney, San Juan y Santiago.





La estatua que Cercedilla, su pueblo de la Sierra madrileña, dedicó a Paquito Fernández Ochoa



HOMENAJE A LA GENTE
DE LA NIEVE DE CERCEDILLA,
A SUS 29 CAMPEONES
DE ESPAÑA
Y A SU CAMPEÓN OLÍMPICO
Y MEDALLA DE ORO
FRANCISCO FERNÁNDEZ OCHOA



Una imagen del mítico descenso de Paquito Fernández Ochoa en Sapporo 1972

FRANCISCO FERNÁNDEZ OCHOA

PAQUITO, SOL SOBRE LA NIEVE

Sapporo 1972 | Esquí (Eslalon) | Oro

Ln los primeros años 70, España era un país que se anunciaba al mundo como paraíso de sol y playa. Nieve había, sí, pero se quedaba para los de casa. Dos que sí la conocían eran los hermanos José y Luis Arias. Pertenecían a la segunda generación de esquiadores de la Sierra del Guadarrama castellano. La primera había resultado truncada, una vez más, por la Guerra Civil, durante y tras la cual los deportistas que antes habían compartido cumbres y competiciones se habían –así como suena–, denunciado y asesinado unos a otros.

Luis y Pepe Arias vivían en Cercedilla y dominaron cumbres y modalidades durante diez años: eran tiempos de fabricarse los propios esquís cociendo las maderas en trementina, y de descensos de cuatro kilómetros por las laderas de Sierra Nevada. En las cumbres serranas existía entonces casi como único centro del deporte blanco en la zona centro el “chalecito” del Club Alpino Español. En él trabajaba como cuidador el señor Fernández y sus hijos, Paquito y Blanca entre otros, vivían en Cercedilla, en esa Cercedilla que antes del cambio climático estaba cubierta de nieve casi seis meses al año. Y allí, en esa nieve, los niños jugaban y cuando se hacían daño iban a pedirle tiritas y mercromina al Tío Luis... y trataban de esconderse de su mujer, mucho más “sargenta”. Luis y Pepe les enseñaron a esquiar y el pequeño Paquito aprovechó pronto sus enseñanzas: a los 13 años superó al campeón de España. A los 17 comenzó a participar en Copa del Mundo y fue Olímpico en Grenoble. De camino, algunas caídas que le dejaron una desviación de columna.

Faltaban las victorias, sí. Paquito iba en el pelotón, sí. Pero Paquito crecía y aunque fuera lejanamente, había alguna gente que se enteraba de que en España, además de sol, había nieve. Llegó 1972 y con él otra cita olímpica.





La alegría de Paquito, y la de España en general, se desbordó desde el momento en que cruzó la línea de meta y se hizo realidad esa deseada medalla de oro; encima de estas líneas, vemos a Fernández Ochoa como abandonado del equipo español que acudió, meses después, a la cita olímpica de Múnich 1972

Se vivía en la España del desarrollo pero el deporte, y menos el deporte olímpico, no era una prioridad en esa España de fútbol, ciclismo y boxeo. Y Japón estaba muy lejos, de modo que a Sapporo fueron tres deportistas: Conchita Puig, Aurelio García y Paquito Fernández Ochoa.

Eran días un tanto convulsos en el deporte. Avery Brundage, el presidente del COI a quien llamaban “el traficante de esclavos” había organizado una cruzada contra los esquiadores supuestamente amateurs, como marcaba la entonces vigente norma olímpica, pero que cobraban

dinero. Al menos por eso Paquito estaba tranquilo porque él, de cobrar, poco.

Fueron pasando las pruebas y llegó el día del eslalon, última prueba del calendario. Poca gente había en la madrugada española del 13 de febrero de 1972 siguiendo a Paquito, cierto es, pero aquel desinterés inicial se vio compensado por la explosión de júbilo que, en torno al mediodía, acompañó al que fue el mayor triunfo del deporte olímpico español hasta la fecha, porque a Paco, Paquito para todos desde entonces, le tocó ser el primer campeón olímpico individual del deporte español. Fue el suizo David Zwilling el primero en lanzarse por las laderas del Teineyama para hacer frente a 71 puertas. Marca 57.30. Después sale un Paquito al que se ofrecen dos opciones en el portillón de salida: asegurar, para acabar en una posición honrosa, o jugarse el todo o nada. Eligió arriesgar. Lo había hecho en el Gigante y había acabado rodando por la pista. Pero el caso es que Paquito no tenía nada que perder, ni que defender: aún no era nadie.

Y llega al pie de la ladera con 55.36. Un mundo de ventaja en un eslalon. Pero faltan por bajar todos los favoritos. Y todos, Rolando Thoeni, Bachleda, Duvillard, Palmer, Hang, Neureuther, Augert, Brugmann... van quedando detrás. Es el turno de Gustavo Thoeni, el predestinado al triunfo antes de la prueba: 56.49. Bajan algunos más, pero nadie se acerca.

La primera manga había acabado. España se desperezaba y se enteraba de que uno de los suyos estaba en Japón y había recorrido la mitad del camino para proclamarse campeón olímpico. En las laderas del Teineyama la sorpresa era total. Todos querían hablar con Paquito, pero había desaparecido: su entrenador, Bernard Fabre, lo escondió en algún lugar de la cima y le entretuvo charlando las dos horas de espera. Abajo, la expedición oficial española –los directivos, vamos–, más numerosa que la magra representación de tres deportistas, con los corazones disparados.

TERRIBLE ESPERA. La espera es aún más terrible porque en la segunda manga se invierten las posiciones de salida, según la clasificación de la primera manga, y Paquito saldrá el último, ya con el recorrido “machacado” por los esquiadores anteriores. Y van cayendo los tiempos definitivos. El favorito Gustavo Thoeni, empujado quizá por el título olímpico y los cinco mundiales que figuran en su palmarés, se coloca en cabeza con un excelente 53.59, que hace un 1:50.28. Todos los demás van quedando por detrás. Finalmente baja Rolando Thoeni: queda cerca de su primo, pero no lo supera. El margen que le queda a Paquito es muy escaso.

Esta vez ya no hay cálculo posible: hay que arriesgar porque todo se decide en centésimas. Va pasando puertas pero a mitad de bajada se desequilibra. Algún corazón se desboca pero Paquito se rehace. Llega a meta y el marcador se ilumina: 53.91. Thoeni había quedado por delante en la segunda manga, pero en la general Paquito había ganado: 1:49.27.

Fueron sus últimos instantes de anonimato, porque en aquel momento Paquito se convirtió en ídolo. Su carrera deportiva conoció después un bronce mundialista y un triunfo en la Copa del Mundo, hasta que colgó los esquís. Pero eso fue después de que el aeropuerto de Barajas se llenara para recibirle, con su medalla al cuello y vestido con capa española: recibimiento en El Pardo, en La Zarzuela, recorrido por la Prensa, presencia en la televisión y una vida posterior de celebridad amable. Lo consideró, incluso, como un deber porque confesó que quería que su éxito “hiciera mucho ruido. No por mí, sino por el esquí”. Cuando en 2006 falleció, su estatua en Cercedilla se cubrió de flores.

Una sola cosa le faltó: su magisterio no fue fructífero. La falta de medios, y el escaso interés oficial en el deporte más allá de la explotación de su triunfo, hizo





La selección de baloncesto de Los Ángeles 1984 ha pasado a la historia por conseguir una de las mayores hazañas de la historia olímpica española... sin ni siquiera ganar la medalla de oro

ESPAÑA

LA PLATA QUE FUE DE ORO

Los Ángeles 1984 | Baloncesto | Plata

A finales de los años 70 se dio en España un fenómeno curioso: una segunda Transición que no llegó a culminarse plenamente. En este caso, fue deportiva: el fútbol, el gran edificio que miraba muy desde arriba a las barracas y barracones que formaban el resto del *skyline* del deporte español, estuvo muy próximo a venirse abajo a causa –como siempre– de la debilidad de sus cimientos organizativos y un segundo deporte, en este caso de líneas dinámicas y modernas, estuvo muy cerca de sobrepasarlo.

Fue el baloncesto, un deporte que despegó pasada la segunda mitad del siglo XX y que, aunque visto con suficiencia por los futboleros más clásicos (deporte de señoritas, deporte de patio de cárcel, deporte de niños pijos, etcétera), sí gozaba de predicamento sobre todo entre unos jóvenes ansiosos de novedades y que identificaban a los vetustos clubes de fútbol con ese “periodo anterior” al que tanto se denostaba.

Y además, el baloncesto tenía una ventaja sobre el balompié: que conseguía éxitos. Mientras la selección española de fútbol contaba con tintes épicos un subcampeonato de Europa en 1984, el primero en 20 años, mientras dos antes protagonizaba el desastre del Mundial 82 y en todas las fases de clasificación de grandes torneos se debatía entre la presencia y la ausencia. El baloncesto, en cambio, había pasado de ser comparsa a batirse de igual a igual con las potencias dominadoras: Yugoslavia, Italia y la Unión Soviética. El resto (Polonia, Alemania, Francia, Brasil, Argenti-



na...) temibles hasta hacía poco, ya habían sido superados. Y cada vez que el baloncesto se asomaba a la tele, se asistía a una aplastante victoria o a un encuentro lleno de tensión decidido por uno o dos puntos –a veces a favor– a falta de un segundo.

Y en esas, el fútbol repara en que su agujero económico es demasiado grande y exige más dinero al único medio de financiación asequible que tenían: la televisión, la única existente, Radiotelevisión Española. Esta, sumida a su vez en su propio desbarajuste económico, dice que no. Y los clubes se negaron a ser televisados esperando que el clamor de la afición hiciese que RTVE soltara la mosca.

Pero esta no se puso nerviosa. Si no hay fútbol programaremos baloncesto. En máxima audiencia. Y en efecto, el público respondió: durante varios años lo que España vio fue baloncesto, para alborozo de los convencidos y propaganda de los no iniciados, aparte de que tuvieran también colores futbolísticos. Y el baloncesto y su popularidad crecieron ante la sorda rabia ajena. En el Europeo de 1983 España jugó la final, en el Preolímpico de 1984 se arrasó, salvo a la Unión Soviética, y a Los Ángeles 1984 el equipo llegaba como depositario de la ilusión de toda la sociedad española. Porque aquellos chavales que transmitían imagen de juventud, desde el veterano Corbalán hasta el novel Arcega representaban su mejor imagen. Competían con elegancia y furia, sabían expresarse sin tópicos, no pocos eran universitarios y hasta su entrenador, Antonio Díaz Miguel, que llevaba 19 años en el cargo, era diseñador de moda.

Y SOBRE TODO, GANABAN. En aquellos Juegos aspiraban al máximo: la medalla de plata, porque en los años 80 nadie había conseguido aún hacer realidad el contradiós de vencer a los inventores del baloncesto: los Estados Unidos, que eran tan de otra galaxia que aún se podían permitir jugar sin los jugadores de la NBA, los profesionales, que les cedían el honor a los universitarios. Claro, que menudos universitarios habían caído en suerte a los rivales en aquellos Juegos de Los Ángeles: Michael Jordan, Pat Ewing y Chris Mullin lideraban un equipo en el que también estaban David Robinson, Vern Fleming y otros que tendrían destacadas carreras profesionales ya a partir de la temporada siguiente.

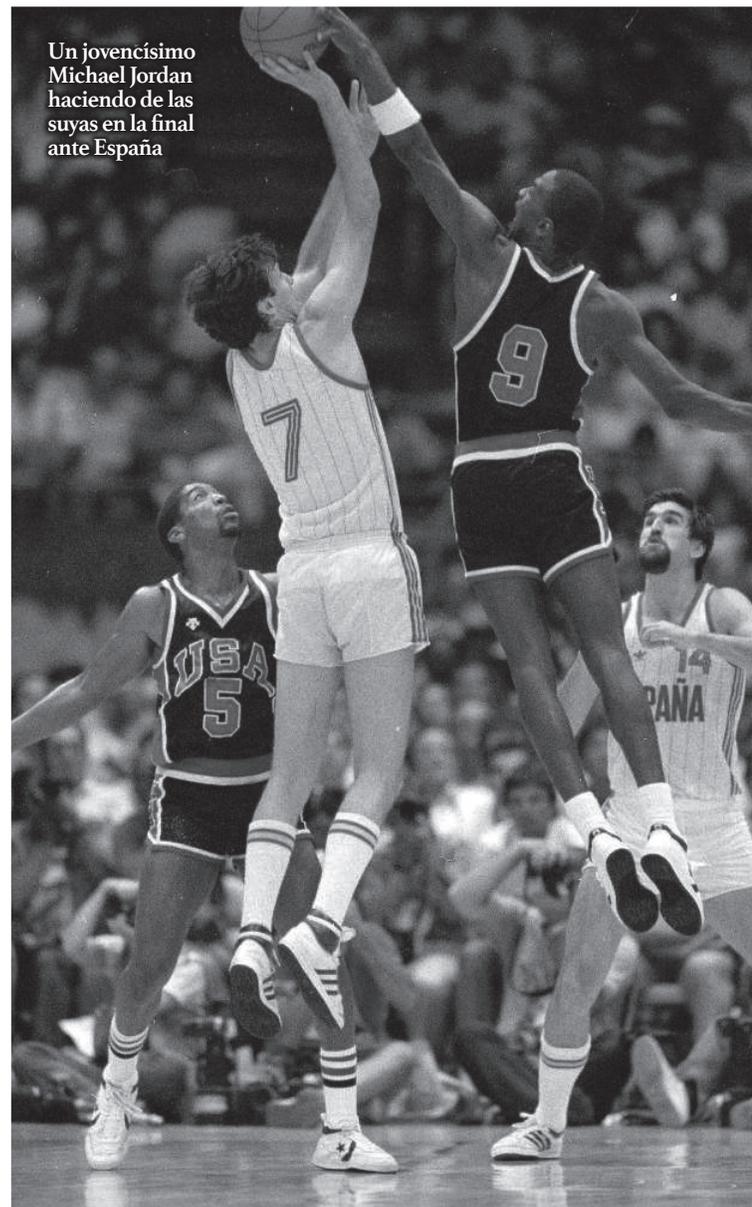
Así, y pese a que en 1982, en el Mundial de Cali España venció por primera vez a un equipo estadounidense –de inferior nivel al olímpico, bien es cierto– a Los Ángeles se iba con la resignación de la plata. Una plata que había que pelear porque aunque el boicot había quitado de escena a la Unión Soviética, que empezaba a formar un equipo de enorme nivel en que brillaría Arvidas Sabonis, la Yugoslavia de Petrovic, Dalipagic, Radovanovic, Knego o Zorzic era un rival de muchísimo cuidado, por no hablar de la Italia de Antonello Riva y Roberto Brunamonti, y los rocosos Meneghin, Sachetti y Magnifico.

Sin embargo, aquella España de Díaz Miguel, una selección sin apodos, no solo tenía imagen sino que era fiable: no se echó de menos siquiera al infalible tirador *Chicho* Sibilio, comprometido con la Liga Profesional dominicana: Corbalán llevando la batuta y cediéndola a *Joe* Llorente cuando había que acelerar el partido; Juanma Iturriaga interpretando el contraataque; Epi enlazando triples antes de que existieran los triples con el apoyo del *Matraco* Margall; y Fernando Martín y Fernando Romay dominando los tableros y repartiendo cera cuando tocaba... hicieron fácil lo difícil. En la primera fase les tocó el mismo grupo que Estados Unidos: se contaba con una derrota segura, y por lo tanto una opción al error menos. Se empezó con una agónica victoria ante los “tapados” canadienses del al-

tísimo Greg Wiljjer (83-82) y se ganó con amplitud a Uruguay (107-90), Francia (97-82) y la debutante China (102-83) con España despierta hasta la madrugada, antes de caer (68-101) con Estados Unidos.

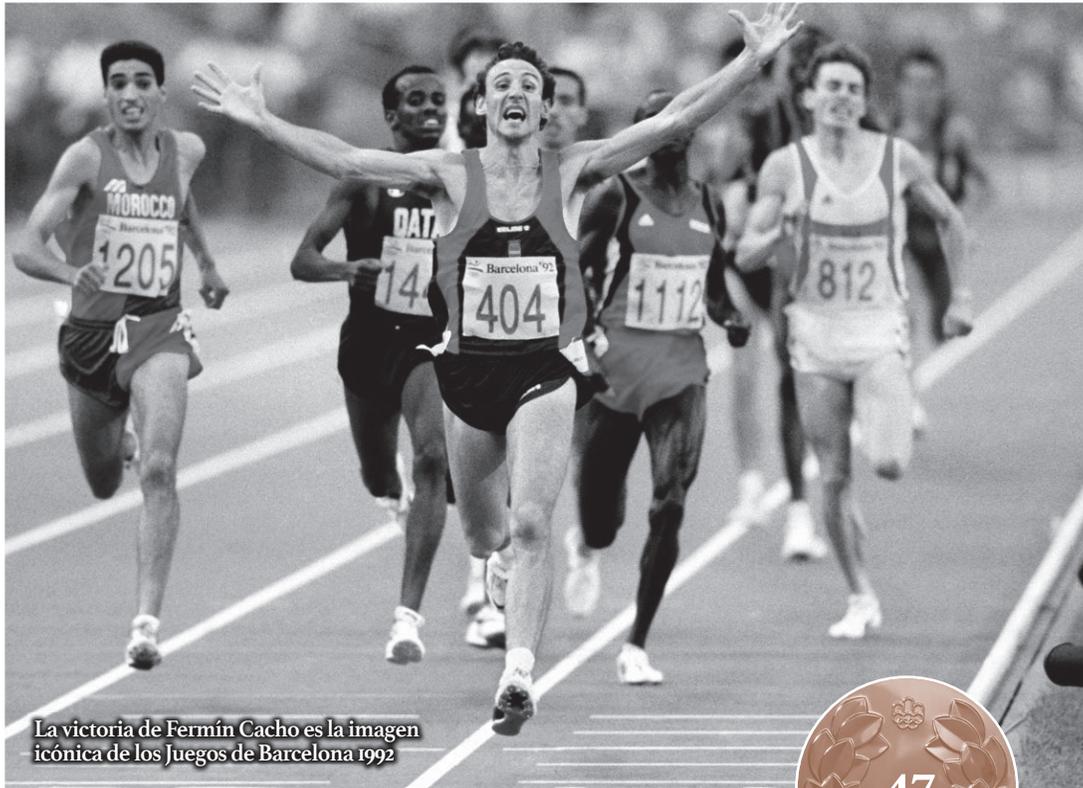
Después llegaban los choques clave. El siempre animoso y potente en ataque conjunto australiano dio alguna dificultad (101-93) antes del temible encuentro ante Yugoslavia. Fue ese partido la verdadera final para España. Después de cien batallas europeas, la mayoría ganadas por los balcánicos, los de Díaz Miguel lograron por fin plantear la batalla en un terreno favorable: la posesión larga para dar menos opciones de tiro a Petrovic y Dalipagic, y el resultado, corto. España ganó 74-61. Díaz Miguel estrechó la mano a Mirko Novosel, su homólogo yugoslavo, y después corrió a la pista exultante entre sus jugadores.

La misión estaba cumplida: nadie iba a exigirles más. En la final, perdida por 65-96, se jugó un partido más que digno, pero la diferencia de nivel era, aún, demasiado grande. Juan Antonio Corbalán, Ignacio Solozábal y José Luis Llorente (bases), Josep María Margall, Juan Antonio San Epifanio, Juan Manuel López Iturriaga y José Manuel Beirán (aleros), Andrés Jiménez y Fernando Arcega (ala-pívots) y Fernando Martín, Fernando Romay y Juan Domingo De la Cruz (pívots) fueron los responsables de que en España se durmiera poco aquellos días de agosto de 1984. Algunos de ellos lograron prolongar sus carreras casi hasta el siglo XXI y añadir más títulos a esa plata, pero cuando se cita alguno de sus nombres la asociación es automática: plata en Los Ángeles 1984. Fue, entonces, el mayor éxito de la historia del deporte español pese a no haber sido un título.



Un jovencísimo Michael Jordan haciendo de las suyas en la final ante España





La victoria de Fermín Cacho es la imagen icónica de los Juegos de Barcelona 1992



FERMÍN CACHO

¡FERMÍN!!!

Barcelona 1992 | Atletismo (1.500 m) | Oro

En aquellos Juegos de Barcelona que ya se acercaban a su final, en aquella orgía de medallas, éxitos, ilusión y autoconfianza, quedaban aún aquel 8 de agosto algunas balas que disparar. Entre ellas la de un chaval llamado Fermín Cacho, de 23 años y soriano, de Ágreda, que había hecho popular el bosque de Valonsadero puesto que allí se entrenaba, y que había corregido y aumentado los éxitos en el medio fondo a los que José Luis González y José Manuel Abascal habían acostumbrado al deporte español en los años 80. El toledano había llegado a Barcelona ya en el ocaso de su carrera, pero Fermín lo hacía quizá en el mejor: en dura pugna con el argelino Nourredine Morceli por ser el mejor especialista mundial de la distancia. Tenía piernas, tenía corazón, tenía cabeza, y tenía confianza, aunque hasta el momento su único galardón en grandes finales era la plata del Mundial indoor de Sevilla 91, y el del Europeo también en pista cubierta en 1990: pero aquella mañana de agosto, de calor sofocante aunque más seco que la víspera, tras salir de la pista de calentamiento en la que ponía a punto sus piernas para la final de los 1.500 metros que correría al caer la noche, le había dicho a su inseparable Enrique Pascual, forjador y entrenador: "Prepárate, Enrique, porque vas a ser entrenador de un campeón olímpico".

Era decir mucho, porque en efecto Fermín estaba entre los favoritos, pero junto a él iban a estar Jim Spivey, Jens Peter Herold, Joseph Chesire y, aparte, Morceli. De todos ellos se podía decir lo mismo que cierto oficial americano de los soldados españoles a los que se enfrentaron en la Guerra de Cuba: "sabían pelear y eran tan valientes como nosotros". Pero si Fermín le había dicho a Enrique eso, era porque pese a ello su confianza en sí mismo era absoluta.

CAMBIO DE PLANES RADICAL. Toda ella le hizo falta cuando, a poco que comenzara la carrera, sus planes saltaron por los aires. Apenas disparó el juez de salida Fermín tuvo que improvisar. Pensaba en una carrera rápida pues no en vano se había corrido su semifinal en nada menos que 3:32, nuevo récord olímpico. Había planeado encontrarse una vez más con el Morceli imperial que le batía metódicamente cada vez que se enfrentaban. Como en el Mundial 1991, su plan era marcar al argelino y tratar de esprintarle al final, dando por hecho que ninguno de los dos reservaría fuerzas y por ello el bronce se estaría jugando algunos metros más atrás.

Pero cuando se cumplieron los primeros 400 metros, Fermín miró el marcador de la pista y vio que marcaba 1:02. Muy lento. Iba por la cuerda, encerrado. Y además había tenido que pasar adelante porque Morceli iba a un ritmo anormalmente lento. A esas alturas no sabía si Nourredine tenía un plan de carrera o simplemente que se había quedado sin fuerzas en el peor momento. "Yo voy encerrado pero tú vas más. Por donde esté yo, tú no pasas", pensaba Cacho.

Fermín decidió esperar. Se dio otra vuelta, y aún más lento: 2:06 el 800. Eso suponía que en el último giro iban a tirar todos como desesperados, de forma que había que tomar posiciones para no tener obstáculos en el momento en que se rompieran las hostilidades. Así que Fermín maniobró para ponerse por delante. Que hiciera Morceli lo que quisiera. El caso era tener buena "butaca" cuando él, u otro, dieran el hachazo.

Cuando sonó la campana de la última vuelta, Fermín iba tercero en el grupo, emparejado con el estadounidense Jin Spivey, y con el keniano Chesire y el alemán Herold por delante. Se había olvidado ya de Morceli y estudiaba a sus rivales buscando el mejor momento para atacar, a no ser que alguno se le adelantara. A falta de 220 metros Herold se abre un poco hacia su derecha para arañar unos centímetros en el paso por la curva. Chesire trata de dificultarle la maniobra. En la acción quedan unos centímetros libres entre la tira de aluminio que marca el límite de la pista y los rivales. Y Fermín no se lo pensó. Por ahí. Y ahora.

Y se lanzó mientras el público rugía. Luego confesó que pensaba: «Tira, Fermín, tira. Aprieta los dientes y corre hasta que puedas». Se vio en la recta final. A 80 metros de la meta volvió a cambiar de ritmo y miró atrás. Una vez tras otra. Era una costumbre. Casi un tic. Sus rivales estaban lejos. «Mal se me tiene que dar», pensaba.

Y al fin, a 40 metros alzó los brazos y acertó un poco su zancada. Mientras, Chesire, Herold y Spivey luchaban por las otras dos medallas, pero se veían superados por Rachid El Basir y el qatari Mohamed Sulaiman. Y mientras un irreconocible Morceli corría entre el pelotón, el *Tarzán de Valonsadero* cruzaba la meta. El fragor de Montjuic atronaba en toda Barcelona mientras por los altavoces se oían dos palabras de júbilo: "¡¡¡¡FERMÍN!!! CACHO!!!".





En Atenas comenzó a forjarse la leyenda de David Cal



DAVID CAL

UN CHAVAL "DESCONOCIDO"

Atenas 2004 | Piragüismo (C-1 1.000 y C-1 500) | Oro y Plata

En los Juegos Olímpicos las sorpresas son escasas. Si el gran público cree que muchos de los medallistas son inesperados es, en realidad, porque no han seguido la progresión de los protagonistas antes de llegar a la cita. Cuando en Atenas 2004 un chaval gallego de 21 llamado David Cal conquistó dos metales en piragüismo mucha gente, incluida parte de la misma Prensa como sucedió con las chicas del hockey femenino de Barcelona 1992, se hizo de nuevas. Pero lo cierto es que David Cal no se había subido por primera vez a su canoa en el canal olímpico de Atenas. A sus 21 años ya había sumado kilómetros suficientes para haber dejado atrás el Cabo de Hornos palada a palada. Y en cuanto a kilos movidos en entrenamientos físicos, se podía haber puesto el Titanic a cuestras.

Así, un chaval de Cangas del Morrazo al que a los ocho años, cuando decidió subirse por primera vez una canoa como actividad veraniega, definían quienes le conocían como bajito y gordito, "como una patata", acabó convirtiéndose en un gigantón miembro del equipo nacional de piragüismo. Un deporte que había pasado en España por unos tiempos controvertidos, pero en el que se había conseguido identificar su potencial. A los 17 años fue olímpico en Sidney, pero la experiencia no fue positiva. Y él, un chaval reservado, que siempre iba a lo suyo y de pocas, muy pocas, palabras, barajó bajarse de la canoa y no volver a ella. Corría el año 2003 y, como se ve, no valoraba gran cosa la cita olímpica. Se le convenció de no hacerlo por la vía de incorporar al equipo nacional a su entrenador, Suso Morlán, junto a

HÉROES OLÍMPICOS ESPAÑOLES

quien estaba desde los 14 años. Aceptó y siguió entrenándose, en la Ría de Pontevedra y en el embalse de Trasona, uno de los puntos neurálgicos de actividad del piragüismo español. Ese mismo año 2003 se proclamó campeón del mundo en C-1 500 metros.

UN PERSONAJE ATÍPICO. A Atenas llegó como personaje atípico. tan alto y fornido como todos sus rivales, capaz de mantener un ritmo de paladas tan elevado como ellos, entre 80 y 90 veces por minuto, y, además, de mantener la canoa por una trayectoria tan rectilínea como si corriera por un imaginario carril. Sin embargo mientras tras los nombres de casi todos sus rivales se desgranaban largos palmarés de títulos y logros en el currículum de David figuraba apenas el subcampeonato mundial de un año antes. Pero su confianza en sí mismo, igual que la de Suso Morlán, era máxima. Aquel desconocido para casi todos aspiraba a ganar dos medallas, en C-1 500 y C-1 1.000 metros. La primera con la que tomó contacto fue con la distancia larga. Ganó su serie con total autoridad y quedó exento de la semifinal, o repesca, para seguir concentrado en sus entrenamientos y en sus CDs de Marea, Extremoduro o Boikot.

El día de la primera final entrenó durante hora y media antes del momento de la verdad. A su lado en la línea de salida entre otros estaban el alemán Andreas Dittmer, que no perdía una competición desde 1998, o el checo Martin Doktor, que en 1996 ya había sido campeón olímpico en Atlanta. Martín, zurdo y por tanto mejor dotado para enfrentarse al viento aquel día en ese canal, sonrió cuando se dio la salida y se lanzó al canal. Quinto a los 200 metros, fue progresando. Tomó la cabeza a mitad de carrera y ya no la abandonó. Dittmer entró medio segundo más tarde. El cuarto puesto quedó a cuatro segundos. David dejó de palear y se dejó llevar como si tal cosa. Unos segundos después alzó el puño y al fin, en el podio y coronado de laurel, ya sonrió abiertamente. De fiesta poco, que le quedaba otra batalla que librar, aunque ya iba a afrontarla como campeón olímpico.

La prueba de C-1 500 había que afrontarla de manera diferente, pero técnicamente. El ritmo de palada debía acelerarse y por tanto la resistencia al esfuerzo y al dolor del ácido láctico desbordado era capital. Cal tenía una desventaja: su gran envergadura le permitía mover la pala a un ritmo vertiginoso, pero también le dificultaba una puesta en acción rápida. En los 1.000 metros tenía más tiempo para recuperar pero en los 500 era más difícil, claro. También iba a estar Dittmer, con ganas de venganza tras acabar en segundo lugar en los 1.000 metros y el ruso Opalev, que llevaba en su canoa 12 títulos mundiales.

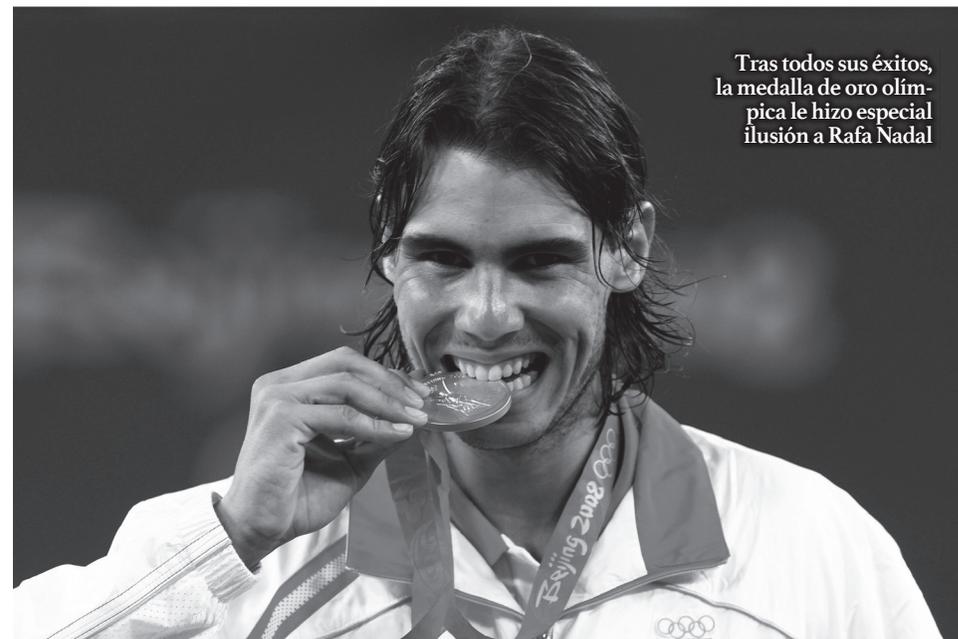
Cerca estuvieron de no tener que hacer frente al chaval de Cangas del Morrazo. Había puesto su despertador a las seis para cumplir su ritual de largo entrenamiento antes de la competición, pero tardaba en reunirse con Suso y demás equipo. Al final subieron a buscarle a su habitación. Le encontraron dormido y su despertador, programado para las seis de la tarde.

En el canal de regatas no se despistó: Opalev tomó rápida ventaja mientras David y Dittmer mantenían una cerrada lucha por la segunda plaza. Que se convirtió en pelea por el oro porque Opalev se quedó sin fuerzas y retrocedió. Esta vez el que entró primero en meta fue Dittmer y David bajó del podio sonriendo pero reconociendo que, pese a su calma, tenía la precisa ambición del campeón: la medalla de plata no sabía tan bien como la de oro. Le quedaba una última misión: en el desfile de la clausura fue elegido para llevar la bandera del equipo español. Hubiera preferido marcharse tras la competición, pero volvió a cumplir. Como los buenos.





El gesto más característico de uno de los mejores tenistas de la historia

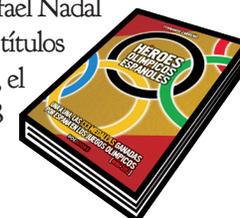


Tras todos sus éxitos, la medalla de oro olímpica le hizo especial ilusión a Rafa Nadal

RAFA NADAL NADAL AHORA SÍ LO TIENE TODO Pekín 2008 | Tenis | Oro

Rafael Nadal no llegaba a los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 como un deportista exótico al que admirar y con el que sorprenderse. En cuanto a admirar, sí. De sorprenderse, en la medida en que en cada partido y torneo sorprendía al mundo. Porque Rafael Nadal Parera, de 22 años a la sazón, era parte de ese “deporte de todos los días” que no tenía que esperar a las citas olímpicas para reclamar peso y notoriedad. Nadal era no solamente una de las estrellas del deporte español, sino también uno de los deportistas más queridos, admirados y seguidos a nivel mundial. Los Juegos Olímpicos de Pekín no solo eran los de Michael Phelps, los de Usain Bolt, los de Shawn Johnson o los del enésimo Dream Team. Eran también los de Rafael Nadal. Si se quiere ampliar, quizá los de Rafael Nadal y Roger Federer pero si había que quedarse con un solo nombre, los de Rafael Nadal. Porque a él le tocaba el papel de conquistador rebelde de un trono desde el que, antes de su aparición, Roger Federer regía el mundo del tenis con la magnificencia del Zeus Olímpico de Fidias.

Nadal, más que Santana, más que Indurain, había llevado a su espalda al tenis español hasta un estatus superior. A su favor, el papel del tenis como fenómeno global y haberlo conseguido en un mundo, el del siglo XXI, en el que las distancias ya no existían. En 2008 Rafael Nadal era un ídolo mundial. Primero, por lo conseguido. A los 22 años sumaba cinco títulos de *Grand Slam*: cuatro Roland Garros consecutivos y uno, especialmente mítico, el Wimbledon que se disputó mes y medio antes de los Juegos. Había sido, a los 18





Nadal, siempre con la bandera española; en la otra página, el podio al completo: el chileno González, Rafa y el serbio Djokovic

años, el héroe de la Copa Davis que España conquistó ante Estados Unidos en 2004. Torneos los había ganado de todos los colores, categorías y superficies, batiendo récords de precocidad...

IMAGEN Y PERSONALIDAD. Eso, sin embargo, lo habían hecho ya en mayor o menor medida otros tenistas. Lo de la juventud ayudaba. Pero lo que distinguía a Nadal de otras estrellas era su personalidad e imagen. De energía desbocada aparentemente en la pista pero concentrada siempre, dentro y fuera de ella. Y siempre entre un aire de rebeldía juvenil y de madurez deportiva sobrevenida. Aparte de todo eso logró el imposible de parar a ese mayestático Federer. Primero, Roger podía mandar en todas partes menos en la tierra batida: era territorio de Rafa, que había ganado todos los Roland Garros de 2005 en adelante. Después, cada vez que se enfrentaban, le derrotaba en la mayor parte de sus choques. Eso a Roger, de Agassi y compañía no había que hablar. Pero luego se le metió en la cabeza intentar el imposible de ganar a Roger en su terreno: la hierba de Wimbledon, que es el escalón final de los mitos del tenis. En teoría no era posible: Nadal era español, luego terrícola. Ciertamente desde los años 90 la etiqueta había caído un tanto pero, aún así, Wimbledon seguía estando demasiado lejano.

Y lo intentó con la entrega de cada tarea que se ponía. En 2006 jugó la final y la perdió. En 2007 la jugó de nuevo y la perdió más apretadamente. Y en 2008 ganó lo que para muchos, como un John McEnroe que algo de tenis sabe, fue el mejor partido de todos los tiempos.

Sobre el anterior había general consenso en que fue el que el mismo John y Bjorn Borg jugaron en 1981 en el mismo lugar y ocasión: la final de Wimbledon. En la de 2008 Nadal ganó a Federer por 6-4, 6-4, 6-7, 6-7 y 9-7, después de cuatro horas y 46 minutos de partido que acabaron convirtiéndose en siete para jugar casi a oscuras a causa de la lluvia. Un triunfo épico que convertía en legendarios a ambos protagonistas, pero más al vencedor, claro.

Y tras ello, tocaban los Juegos Olímpicos: más leyenda para conquistar y, para Nadal, una cuenta pendiente pese a su aún breve carrera. En 1992 Rafa tenía seis años. En 1996, 10. Él ya había vivido asistiendo a los éxitos del nuevo deporte español. Sabía que los Juegos te hacían inmortal del deporte o, simplemente, que eran "otra cosa" y quería estar allí. Pudo ser olímpico en 2004 pero una lesión le costó ganarse la plaza por ranking. Le costó a su tío y entrenador, Toni, lo suyo convencerle de que no forzara la recuperación para estar en Atenas. Al final sí estuvo presente: jugó los dobles junto a Carlos Moyá, uno de sus valedores. Duraron un partido pero la experiencia le valió la pena. En 2004 era uno de tantos pero en 2008, como líder del deporte mundial, corrió a Pekín y a diferencia de otros divos que buscaban privacidad, se sumergió en el ambiente de la Villa Olímpica, a convivir con el resto de deportistas, grandes y pequeños.

"¡VAMOS, RAFA!". Que fuera favorito era otra cosa. Cada partido había que lucharlo, bien lo sabía él, y si el tenis es un mundo de sorpresas el olímpico lo suele ser más. Un poco como en la Copa Davis, hay pequeños que se agigantan y grandes que se achican. Así, por ejemplo, en Atenas 2004 se vio ganar el oro al chileno Nicolás Massú. En Pekín Roger y Rafa eran los números uno pero, ojo, había, por ejemplo, un chaval serbio llamado Novak Djokovic que tenía entre ceja y ceja ser para Nadal lo mismo que él había sido para Federer. Cuando en el Roland Garros 2007 Rafa estrenó unas zapatillas en las que se leía "¡Vamos, Rafa!", él escribió con rotulador sobre las suyas "¡Vamos, Nole!".

En Pekín hubo pocas sorpresas: todos cumplieron más o menos. Federer dijo adiós en los cuartos de final, pero empujado por un jugador que pudo haber llegado más lejos de lo que logró: James Blake. A Djokovic el sorteo le deparó una semifinal con Nadal. A ella llegó Rafa tras ceder un set inicialmente ante Starace (6-2, 3-6, 6-3) y aplastar luego al ex número uno Hewitt (6-1, 6-2), a Andreev (6-4, 6-2) y a Melzer (6-0, 6-4). La semifinal fue digna de un choque de números uno. Rafa empezó mandando, Djokovic se vio ganador, y se fue llorando de la pista después de que le fuera totalmente imposible conseguir que el español se convenciera de que él tenía que ganar ese partido. Un 6-4, 1-6 y 6-4 le dio una medalla que era ya, confesó, el cumplimiento de su sueño. En la final le tocó el pegador chileno Fernando González que en semis tuvo sus más y sus menos con Blake, el verdugo de Federer. Pero no pudo hacer nada con Nadal, que sin perder un solo saque ganó 6-3, 7-6 y 6-3. Juan Antonio Samaranch le impuso la medalla de oro y él, por su parte, se regaló el número 1 del mundo que ganaba con los puntos del torneo olímpico. Parecía que Nadal, el novio, hijo y amigo de España, lo tenía todo, pero qué va...



La mítica ceremonia de apertura de los Juegos de Barcelona 1992





www.loslibrosnomuerden.com

contacto@poebooks.club

Facebook: www.facebook.com/poebooks/

Twitter: @PoeBooks

Instagram: [los_libros_no_muerden](https://www.instagram.com/los_libros_no_muerden)

Pinterest: es.pinterest.com/loslibrosnomuerden/